

SUANCES MARCOS, Manuel: *Sören Kierkegaard. Vida de un filósofo atormentado*, Madrid: UNED, 1997, 341 páginas.

ALBERTO BALLESTERO
Universidad Pública de Navarra

Tras veinticinco años de profesión docente e investigadora, el profesor Suances nos ofrece en este volumen una magnífica biografía intelectual del filósofo danés. Un texto que huye del detalle sórdido y del dato escatológico, para proporcionarnos una visión de la persona y de sus circunstancias asequible al lector curioso y al interesado, pero especialmente útil para el estudioso de Kierkegaard.

En este tomo se nos anuncia la próxima aparición de un segundo en el que el autor expondrá los principales contenidos de la obra del filósofo danés. No obstante, ya en este libro se nos ofrece un leve anticipo de lo que puede ser el citado volumen, a la vista de los dos últimos capítulos.

La obra consta de diez capítulos y una bibliografía selecta de y sobre Kierkegaard. Para darle mayor realismo al texto, el profesor Suances utiliza el método autobiográfico como forma narrativa y con ello consigue que el lector acceda a la vida del filósofo en primera persona, estableciendo un buscado intersubjetivismo entre el autor y el lector, que recibe el texto como si de una carta personal a él dirigida se tratara. El resultado es un magnífico relato, ágil y fácil de leer, pero intenso y profundo al mismo tiempo.

El primer capítulo lo dedica el autor a la familia, a la educación cristiana y a la influencia del padre en el autor danés. En él ya se nos muestra un Kierkegaard condicionado por su físico irregular, por ser el último de siete hermanos, por tener un único amigo íntimo y, en definitiva, por ser «un niño viejo y un viejo niño, como Pascal» (pág. 31). Su vida viene determinada por tres personas claves: su padre (Michael Pedersen), su novia (Regina Olsen) y la Iglesia oficial, personificada en Jacob Peter Mynster y Martensen.

En el segundo apartado, se aborda el problema de la melancolía y del sufrimiento del joven Sören, partiendo de un sabio principio: «Cuando una persona camina hacia su madurez, llega un momento en que rompe con sus padres y abandona el hogar, para, más adelante, volver de nuevo a la casa paterna» (pág. 49). En estas páginas se aclara también la obsesión del autor danés por la idea de pecado que le había inculcado su padre, así como la función socializadora de la literatura que le permite abrirse al mundo.

La melancolía que conduce a la angustia vital obliga al joven filósofo a vivir cada día como si fuera el último de su vida y ello provoca un gran desarrollo de la capacidad del espíritu inmortal frente a

lo temporal, que sólo desarrollan los hombres que han llegado al máximo aislamiento. Así, la tristeza se convierte en una «nostalgia del cielo y todo lo que hay de bueno en el hombre es hijo del dolor» (pág. 61). Para Kierkegaard la vida espiritual es un continuo morir a lo inmediato.

Dos frases resumen esta parte del libro: «Yo soy una persona femenina de sexo masculino» (pág. 67) y «Mi pasión es pensar y pensar y pensar es mi pasión» (pág. 72). En ellas se explica toda la incompreensión de la obra de Kierkegaard en su época, puesto que ninguna de las dos encajan en los parámetros mundanos de la sociedad danesa del siglo XIX.

El tercer capítulo del libro está dedicado al noviazgo con Regina Olsen y cuya mejor explicación se halla en esta frase: «El amor es un deseo que no consume su objeto, sino que se alimenta constantemente de él, porque ese objeto es eterno» (pág. 81). Más adelante, lo certifica afirmando que la envoltura del amor es la libertad. Kierkegaard concibe el amor como una tragicomedia en la que «lo trágico es que dos seres que se aman no se comprendan y lo cómico es que, sin comprenderse, se amen» (pág. 84). He aquí la explicación de su ruptura con Regina.

La búsqueda de su papel en el mundo, su misión, es el núcleo del cuarto capítulo del libro. Allí se explica la opción vital de consagrarse a «la defensa del cristianismo contra la cristiandad oficial» (pág. 102), labor que ocuparía toda su vida en una búsqueda de la verdad cristiana, entendiendo por verdad el hecho de vivir por una idea que está dentro del hombre,

no fuera, y de agarrarse a ella caiga quien caiga (pág. 103). Para servir a este ideal de vida, elige la escritura como oficio ruinoso y oculto en ocasiones bajo pseudónimos que buscan evitar el rechazo directo de sus obras.

Este rechazo viene dado incluso desde la propia institución eclesiástica, ya que el tono de las críticas kierkegaardinas parte de ideas como esta: «los curas no transmiten ninguna experiencia religiosa; viven sin sentir necesidad de ella y, por consiguiente, están lejos de transmitirla» (pág. 114). A esto hay que sumar las acusaciones de funcionarios aburguesados que dirige al clero y, en definitiva, el hecho de no ser testigos de la verdad evangélica, sino profesionales de la religión, es decir, de hacer de ésta un medio de vida, pero no una forma de vivir. Más adelante dirá que «cuando la Iglesia institucional se instala en el manejo de las conciencias y en la lejanía de la vivencia comprometedora de la verdad cristiana, no queda más remedio que la denuncia y la lucha» (pág. 133).

En el quinto apartado del libro, se nos muestran los modelos, los personajes que influyeron en la configuración del pensamiento de Kierkegaard. El primero en aparecer es Abraham con su hijo Isaac, después Job y tras él Sócrates, el verdadero modelo, el que le permite reforzar sus convicciones para denunciar, como Sócrates hiciera con los sofistas, a todos aquellos que huyen de plantear las cosas a fondo, porque no les interesan en sí mismas sino en su posible utilidad. Este pragmatismo político superficial es justo

lo que Kierkegaard denuncia en una época en la que el individuo es una gota más en el océano y en la que el positivismo impide la trascendencia de las cosas. En este sentido, la defensa del individuo frente a la sociedad es una revolución, como lo fue en la Grecia socrática.

También Lutero fue modelo para Kierkegaard, pero perdió su autoridad cuando se dejó llevar por el poder y desvirtuó el concepto de reformador «haciendo del cristianismo una blandenguería modificable al uso del populacho» (pág. 161). Este cambio del papa por el pueblo no es de su agrado porque no triunfa la verdad evangélica, sino la opinión de las masas mediocres.

La obra escrita del filósofo danés es el objeto del sexto capítulo y en él se explica que hay dos tipos de escritores: «los que escriben para nuevos lectores y los que escriben para autores; a estos últimos se les insulta» (pág. 173). Junto a esta clasificación se ofrecen los pseudónimos utilizados por Kierkegaard (Joannes Climacus, Anti-Climacus, Víctor Eremita, Constantin Constantius, Joannes de Silentio, Virgilius Aufniensis, Nicolás Notabene, Hilarius Encuadernador, William Afham, Asesor Wilhelm y Frater Taciturnus) como protección de un escritor religioso que intentaba evitar los ataques sistemáticos a sus obras.

Como escritor, su trabajo consiste en estudiar el problema de como llegar a ser cristiano, haciendo las críticas oportunas en cada momento a las diversas personas e instituciones de la época. En estas páginas puede verse un breve resumen

del contenido de sus obras y de las etapas en que éstas se clasifican.

El capítulo séptimo se centra en la crítica que Kierkegaard hace de la sociedad y la cultura de su tiempo y en los enfrentamientos que ello le supuso con la prensa y con los políticos. De la primera dice que es «un fenómeno pernicioso de la vida moderna», que los periodistas son «los traperos de la opinión» y otras lindezas (pág. 204) que le llevan a concluir que sólo la gente muy culta puede leer los periódicos, ya que su cultura les inmuniza contra tanta basura y les permite tener opinión propia.

Como escritor se siente perseguido por decir la verdad cristiana a un mundo que no quiere saberla, que prefiere el engaño y que admira ahora a los representantes de una multitud mediocre y que hacen imposible un verdadero gobierno, porque hay que contar siempre con la mayoría que vota y esto es incompatible con un buen gobierno (pág. 214), ya que en las democracias modernas se llegan a someter a votación hasta los valores éticos.

Para Kierkegaard la política es una caricatura de la religiosidad y ello explica que el comunismo sustituya el miedo a Dios por el miedo a la mayoría o que la Revolución Francesa hable de libertad, igualdad, fraternidad, cuando la forma religiosa de explicar esto es la igualdad de todos los hombres ante Dios. Para el filósofo danés, el padre de todos los males de su época es Hegel que reduce la fe a un sistema filosófico, aboliendo a Dios y deificando al hombre y junto a ello la divinización de la ciencia y la técnica como

criterios de verdad. Al fin concluye que «cuanta más cultura, educación y conocimiento hay, más indiferencia existe en los hombres a la vida religiosa» (pág. 233).

El octavo capítulo, último de la biografía, lo reserva el profesor Suances para la crítica que Kierkegaard hace a la Iglesia nacional luterana danesa y a la cristiandad en general. En representación de la iglesia danesa inicia sus críticas contra Mynster por tres razones fundamentales: porque confunde el cristianismo con la cultura y los concilia muy fácilmente; porque huye del compromiso cristiano y se adapta a la realidad; y porque ignora la pobreza y la humildad que implica el cristianismo. Para el filósofo danés la alternativa es clara: o se opta por lo temporal o se elige lo eterno. No caben síntesis hegelianas al respecto.

Sus críticas a la religiosidad de su época son tan duras y actuales como esta: «La religión aquí consiste en casarse, desempeñar un buen cargo, ganar mucho dinero y favorecer a los miembros de la propia familia» (pág. 247). Esto es especialmente revelador si recordamos que Kierkegaard relaciona este concepto de la religión con el de política. Para él, el clero luterano vive, trabaja y viste como si su oficio no tuviera a diario que ver con el Evangelio.

Tampoco escapa a sus críticas el matrimonio entre la Iglesia y los estados cristianos que buscan su legitimación en la religión y a los que aquella protege doctrinalmente. Con idéntica dureza se refiere a las iglesias nacionalistas que no son sino una negación de la Iglesia cristiana. Las causas de esta situación se deben a

que la cristiandad ha olvidado la esencia del cristianismo: se ha olvidado que los cristianos no son ciudadanos de este mundo, sino que están aquí para cambiarlo; se ha convertido el cristianismo en un fenómeno de masas y con ello se ha perdido la responsabilidad personal; además los cristianos huyen del compromiso existencial y de la puesta en práctica de su fe (pág. 254).

Al final de capítulo, el autor aborda la muerte de Sören como la de un hombre que vino al mundo con una misión que cumplir, una tarea tan dura como desagradable: defender el verdadero mensaje evangélico como enviado de Dios. Para ello prescindió de todo y se expuso voluntariamente a los insultos de quienes veían en él un peligro social. En este sentido, podría decirse que la vida de Kierkegaard fue la vida de un verdadero cristiano, ni más ni menos.

Los dos últimos capítulos, el noveno y el décimo, conforman una reflexión final en dos partes del profesor Suances que anticipan en síntesis lo que sin duda será un magnífico segundo tomo de esta misma obra y en el que se anuncia una exposición sistemática de su pensamiento. Destaca en estas páginas el autor la gran inteligencia del filósofo danés, su intuición, frente a sus escasas cualidades físicas, como compensación para su defensa en este mundo que tanto sufrimiento causó a Kierkegaard.

Anota también el autor la ausencia de la madre en la vida de Kierkegaard, a la que sólo cita una vez en toda su obra; la admiración de Miguel de Unamuno

por tan magnífico pensador, la incompreensión de sus coetáneos; la soledad a la que aboca una relación de tú a tú con Dios; su inclinación a la comunicación indirecta («Qui potest capere, capiat»: el que pueda captarlo que lo capte (pág. 312)); su concepción de la fe como confianza en Dios y en su palabra revelada y no en artilugios de la razón humana (pág. 319); su aportación a la historia con las corrientes existencialistas y la teología dialéctica; su influencia en numerosos escritores, teólogos, filósofos,...

En definitiva, estamos ante un libro que merece la pena leer desde varios

puntos de vista, porque es útil al cristiano, al agnóstico y al ateo, pero también al comunista, al liberal, al conservador,... y no menos recomendable para profesores y alumnos universitarios, sean o no estudiantes de filosofía, ya que el método empleado para escribirlo puede ser muy útil para otras disciplinas.

Además, quien lo lee desea saber más de un filósofo que, sin duda, apasiona al profesor Suances, y esto lo sabe transmitir con gran claridad y con un envidiable estilo literario, pues en ningún momento cansa o aburre, sino que incita a leerlo en una sola sesión.